

II SIMPOSIO *San Josemaría y la comunicación Iluminar los caminos divinos de la tierra*

ANTONIO GUILLÉN GEA

PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN CATALINA MIR

San Josemaría Escrivá de Balaguer fue un avanzado de su tiempo en el ámbito de la comunicación y, aunque se han dicho y escrito muchas cosas a este respecto, esta afirmación suena a nueva, quizá porque la misma ciencia de la comunicación es más del siglo actual que del pasado. Por eso nos parece que es de justicia dedicar este Simposio a profundizar en una de las pasiones de este «santo de lo ordinario». Para ser un buen comunicador hay que tener una noticia importante que ofrecer, saberla presentar y dirigirla a las personas que la vayan a acoger con agradecimiento. Así es fácil entender su vida en clave de comunicación, porque no hizo otra cosa que trasladar al hombre de la calle el mensaje recibido de Dios el 2 de octubre de 1928: la llamada universal a la santidad y el apostolado en el ejercicio del trabajo profesional y en las condiciones ordinarias de la vida.

Recientemente Juan Pablo II dirigiéndose a los responsables de las comunicaciones afirmaba que «La comunicación entre Dios y la humanidad ha alcanzado su perfección en el Verbo hecho carne. El acto de amor a través del cual Dios se revela, unido a la respuesta de fe de la humanidad, genera un diálogo fecundo».¹ Señalaba de este modo el núcleo en el que se genera la verdadera relación entre los hombres, siempre en armonía con la doctrina de Cristo. En ese núcleo es en el que san Josemaría se ha formado y del que ha tomado energía para transmitir con gracia y simpatía su mensaje.

¹ Juan Pablo II. Carta Apostólica a los responsables de las comunicaciones sociales, 24 de enero de 2005, n. 5.

San Josemaría reconoce las muchas gracias y favores recibidos del cielo, entre ellos uno que describe como: «Este no sé qué santificador, que hace que se enciendan las almas de muchos, al hablarles yo, aunque me encuentre para mí mismo apagado».² En efecto, entre las almas que entraban en contacto con él, se producían unos cambios indecibles. Sin duda se ve como un conductor que transmite una energía que no es suya. Por eso se comprende fácilmente lo presente que tiene en su vida la idea de comunicar. Una muestra gráfica la ofrece un aislador eléctrico colocado sobre su mesa de trabajo. Afirmaba que le servía como estímulo de la presencia de Dios, para no obstaculizar el fluir de la gracia. Por una especial iluminación divina entendió que los hombres y las mujeres corrientes han de ser santos en su vida ordinaria; pero no sólo lo entendió sino que también impulsó la búsqueda de esta santidad en las personas concretas que iba conociendo y, fiel al mensaje recibido, dio vida a la institución que se ocuparía de recordar, a lo largo del tiempo y de la geografía, esta llamada a la santidad en medio del mundo. No podía ser un freno en esta tarea, y el aislador de cristal se lo recordaba continuamente.

A la vez se va preparando, lee a los clásicos y escribe. Cultiva sus egregias cualidades, para hacer fructificar los talentos que Dios le ha dado. Entiende que las palabras son el ropaje de las ideas y que tiene que presentarlas con distinción.

Hay un suceso inesperado ante el que reacciona remarcando su papel de comunicador, con una bella imagen. Así lo narra D. Álvaro del Portillo –su primer sucesor al frente del Opus Dei–: «el 4 de febrero de 1975 me encontraba con el Padre a bordo del avión que pronto despegaría del aeropuerto de Madrid rumbo a Venezuela. En un momento dado, con gran sorpresa por nuestra parte, entró en la cabina una hija suya, la periodista rhodesiana Lynden Parry Upton: había logrado llegar hasta allí con el firme propósito de darle las gracias por todo lo que la Obra había hecho por ella, conduciéndola primero a la conversión al catolicismo, y después a la vocación al Opus Dei. Nuestro Fundador contestó: Todos tenemos que agradecerle al Señor. Y como ella insistía en darle las gracias personalmente, el Padre la interrumpió con cariño, pero con decisión: A mí no. Dios escribe una carta, la mete dentro de un sobre. La carta se saca del sobre, y el sobre se tira a la basura».³

Y a sus hijos, en circunstancias distintas, les insiste en que han de poseer el «don de lenguas», esa capacidad de transmitir que supera las barreras de

² Andrés Vázquez de Prada. *El Fundador del Opus Dei*, Tomo I, Madrid 1997, p. 452.

³ Álvaro del Portillo. *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*. Rialp, 1992, p. 204.

entendimiento. El mensaje, universal, llega a todos y cada uno lo recibe acomodándolo a su entender, pero sin deformarlo.

Esto, además tenía su complemento, como señala Mons. Javier Echevarría: «el Fundador del Opus Dei hablaba mucho de la psicología del anuncio: repetir -como las señales de las carreteras- la dirección hacia Dios. Pero, al mismo tiempo, deseaba orientar a las almas con su comportamiento. Era consciente de que su vida había de ser una constante predicación de la fe, insistiendo sin cansarse en los mismos temas. A la vez, nos confiaba con garbo: “me tenéis que perdonar que sea tan machacón, que insista siempre en las mismas cosas; pero lo hago a conciencia y en la presencia de Dios, porque necesitamos que nos estén diciendo continuamente que hemos de creer en Dios, que hemos de mirarle, que hemos de dirigirnos a Él”. Nuestro Señor le concedió una muy singular capacidad de comunicación: mediante este don del Cielo, se hacía entender con facilidad por personas de diversas culturas, formación, razas, naciones. En este sentido, no faltan pruebas de que poseía el don de escrutar los corazones, porque se producía tan exacta adecuación de su consejo a las necesidades y condiciones de un alma concreta, que no podía pensarse en una mera coincidencia. Muchos -los interesados o sus amigos- así lo han atestiguado: encontraban el remedio y la comprensión más hondos, o se sentían alentados frente a sus inquietudes, siempre arropados por el cariño sobrenatural y humano de Mons. Escrivá. Esto sucedía, incluso, sin haberle manifestado el interior del alma y, a veces, sin ni siquiera estar presente».⁴

Estos pasos, condensados en las líneas anteriores, conforman la intensa biografía del fundador del Opus Dei y, su desarrollo, se hace a través de la comunicación: un flujo continuo por cauces tradicionales o innovadores, para trasladar a las personas concretas el mensaje de que la santidad no sólo es posible, sino que es obligada. En todo caso tiene una percepción comunicativa que le sitúa en la vanguardia de este saber a lo largo de todo el siglo XX.

Fue un escritor eminente que escribió mucho. Y sus libros son ya clásicos de la literatura espiritual, ampliamente difundidos. Camino, por ejemplo, supera los cuatro millones de ejemplares. Sus obras nunca son de mera erudición. Brotan de la necesidad de dar a conocer su mensaje, de gritar a los hombres que pueden ser felices en el quehacer ordinario. A veces bromeaba con su apellido, *Escrivá*, diciendo que llamándose así no podía estar ocioso. Expresa sus ideas concisamente

⁴ Javier Echevarría. *Memoria del Beato Josemaría*. Rialp, 2000, pp. 355-356.

y en un envase atractivo que, además, incorpora una carga de energía que impulsa al lector a poner por obra aquellos consejos. Asombra la facilidad para formular frases breves inolvidables, gráficas, con un contenido claro.

Sus cartas son siempre vigorosas, y su predilección por la persona concreta, se hace patente en los renglones de esa caligrafía suya tan característica.

Quizá sea la expresión oral la que más fuerza tiene. Sus meditaciones, sus homilias, sus intervenciones en diferentes foros, tienen el mismo objetivo: comunicar lo que ha recibido, transmitirlo con fidelidad, ajustado a la verdad. Llamaban la atención, en especial, las «tertulias», encuentros con grupos pequeños o, en ocasiones, multitudinarias, que luego acabaron recogiendo en películas. En ellas se ve la capacidad de entendimiento con el conjunto de los participantes y la expresión universal: esa facultad de hablar en un lenguaje útil para todos al mismo tiempo.

Urgido por una tarea que le desborda y con el afán de llegar a todos insiste una y otra vez en la atención personal y no regatea horas, que no tiene. Es otra muestra más de esa personalidad de contrastes que se da en la vida de los santos.

Pero además, los medios de comunicación, ejercieron sobre el Fundador del Opus Dei un atractivo continuo. Muchos de sus amigos ejercían el periodismo; y él mismo aceptó, estando muy ajustado de tiempo, ser profesor de ética en la antigua Escuela de Periodismo de Madrid. Por eso, años más tarde, en cuanto fue posible, puso en marcha en la Universidad de Navarra, la Facultad de Periodismo, elevando a rango universitario, por primera vez en España, lo que era hasta entonces solo una diplomatura.

Estoy seguro de que han nacido bajo el impulso de este santo universal muchas iniciativas en el ámbito de la comunicación. Si en algún momento fue capaz de invitar a sus seguidores, que trabajaban en el campo de la comunicación, «a envolver el mundo en letra impresa», muchos habrán aceptado personalmente ese reto, llevando al fin de la tierra su amor a la verdad y a la dignidad del hombre.

Por último, aludir a *Conversaciones*, un libro de entrevistas, realizadas por prestigiosos profesionales, que pasados treinta años, mantiene su actualidad, y del que ha aparecido una nueva edición en 2001.

De modo que san Josemaría aprovecha todas sus cualidades sobrenaturales y humanas para dar a conocer *su secreto* y lo hace con la palabra, con el gesto, con la pluma y con su ejemplo. Le hubiera gustado contar también con los modernos medios electrónicos, como el *móvil* y el *e-mail*, pero no tuvo acceso a ellos. Sin embargo usó la empatía y la simpatía.